

de escuela, a quienes consideraba como altos funcionarios del Estado; verdaderos sacerdotes del bien y obreros infatigables del progreso nacional, mercedores de la mayor estimación y del más elevado reconocimiento.

Fué militar; pero un militar pundonoroso, caballero de la libertad, sin miedo y sin tacha. En un banquete que se le ofreció, en recuerdo del triunfo de la revolución que había encabezado, brindó con las siguientes palabras, significativas y elocuentes, nacidas de su corazón de patriota: «Brindo por la espada; pero no por la espada que humilla y despotiza, sino por la espada que redime»!

En esas palabras está condensada la historia de los libertadores de la humanidad, y también la de los opresores y tiranos. Desprecio y oprobio para los que oprimen y honor y gloria para los redentores, para los buenos, para los que batallan por la justicia y el derecho.

Allí se nos presentan las figuras resplandecientes de los próceres y de los héroes.

Simón Bolívar, con su aureola de genio, ungido de la gloria; semidiós de las naciones de este hemisferio.

Washington, padre y libertador del gran pueblo americano; el más equilibrado en la grandeza; benefactor de los hombres.

San Martín, el General de los Andes; héroe de la independencia; también padre y libertador de naciones.

Benito Juárez, el más grande representante de la raza de los Montezuma y los Guatimocín; luchador por los derechos humanos.

Sucre, el Bayardo de la libertad, paladín de las instituciones libres.

Kosciusko y todos los que han blandido su espada en bien de la humanidad, van pasando ante la evocación del brindis del ex-Presidente Menéndez.

Y éste que abrigaba tales ideas en su mente y tales principios en su corazón, practicó esas ideas y esos principios, cuando dirigió los destinos del pueblo salvadoreño.

Nunca dispuso a su antojo del tesoro nacional; sus manos jamás se mancharon con el peculado, pues manejó con pureza los caudales públicos. Pero ocupaba en provecho de la nación las aptitudes de los individuos; y más aún de los jóvenes talentosos y honrados, a quienes atraía con benevolencia.

El genial poeta Rubén Darío tuvo que recibir la decidida protección del gobernante salvadoreño, para emprender trabajos literarios y periodísticos, relativos a los grandes ideales patrióticos que el Presidente acariciaba.

Este se distinguió por su patriotismo, y Darío en la juvenil edad de los

veinte años, de que nos habla el insigne Lamartine, en que los hombres son todo corazón, comprendiendo la alteza de sentimientos del Presidente, hizo cansa común con él en una labor proficua por la patria.

Se vió entonces conformidad, atraídos por los mismos generosos anhelos, del valor con el genio; de la poesía con la austeridad republicana. El divino Platón no habría encontrado motivo entonces para renegar de los poetas y pedir su destierro. Darío representaba la gloria de la literatura y Menéndez la de la democracia.

Este vivía para servir a su patria desinteresadamente.

Pero también ocupaba en su cora-



RUBÉN DARÍO
(En 1892)

zón lugar preferente una mujer, que era muy bella y virtuosa: era su hija Teresa.

Los grandes hombres tienen que rendir sus afecciones a una mujer, ya sea madre, esposa, hija o hermana, y el general Menéndez, que fué grande por sus merecimientos, adoraba a su hija Teresa.

Y ella era la que llevaba la representación de la Presidencia socialmente, y la que hacía los honores en las fiestas que se efectuaban en la Mansión Presidencial. Y cuando se hacía más digna de estimación, era en las fiestas íntimas de aquella casa.

A algunas de estas fiestas asistió Rubén Darío, que fué siempre sumamente afable y cariñoso con la hija del general Menéndez.

Y tanto por las cualidades que distinguían a ésta, como por el aprecio y consideraciones a que era acreedor el

general, y acaso como una manifestación de la gratitud del poeta hacia el Presidente, en más de una ocasión dedicó a Teresa inspiradas estrofas de su admirable numen.

A continuación reproducimos una de esas composiciones:

EN EL ÁLBUM DE TERESA MENÉNDEZ

Yo saludo a la aurora, al ave, al astro,
la rosa de inefable resplandor;
al lirio cincelado en alabastro,
cuya corola es nido del amor.

Saludo al ángel de alas sonrosadas,
que crea un universo con mirar,
pues tienen, por divinas, sus miradas,
de dicha un cielo y de esperanza un mar.

Gloria del sol, estrella bendecida,
dulce princesa, corazón triunfal,
tú estás en la alegría de la vida
como una perla en vaso de cristal.

Perla oriental, espíritu de fuego,
que vas volando de la dicha en pos,
Dios llenará con su bondad tu ruego
porque eres digna del amor de Dios.

El pueblo de El Salvador se sentía satisfecho de su mandatario, cuya actuación administrativa le había hecho palpar los benéficos resultados del respeto y acatamiento a las instituciones.

Se acercaba ya el tiempo en que debía elegirse el sucesor del General Menéndez en la Presidencia, y mucha agitación se experimentaba en el país, a causa de algunas ambiciones que se habían despertado.

Por distintos medios fué informado el Jefe del Ejecutivo de un complot que fraguaba el Inspector General del Ejército, a quien el General Menéndez quería y distinguía como a un hijo. Imposible le era creer en semejante deslealtad; pero los hechos vinieron a demostrar la certeza de los informes.

En la mañana del 22 de junio de 1890, se había verificado una revista militar, en celebración del aniversario de la entrada triunfal del ejército a San Salvador, comandada por el propio Inspector General, de las fuerzas formadas por un batallón que él había traído de Santa Ana, y de otros cuerpos de tropa de las guarniciones de la capital.

Y en la noche del mismo día se efectuaba un baile en la casa presidencial con el mismo motivo. La concurrencia era numerosa y se entregaba a la alegría más completa.

Eran las últimas horas de esa noche cuando se presentó el batallón venido de Santa Ana, frente a la casa presidencial, en actitud rebelde, desconociendo la autoridad del gobernante y proclamando como tal al Inspector del Ejército ya mencionado.

El General Menéndez se encontraba